



El rebozo y la Dama

Texto e ilustraciones

Honorio Robledo







El rebozo y la Dama



Colección Lectores Niños y Jóvenes | **Literatura infantil**

El rebozo y la Dama

Honorio Robledo

Texto e ilustraciones

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente
Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros
Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico
Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo
Roque René Santín Villavicencio

El rebozo y la Dama
© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Honorio Robledo Tapia, por texto e ilustraciones

ISBN: 978-607-495-663-4

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/53/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.



*A la memoria de mi abuela Amalia, quien me
heredó el arte de contar historias,
y su sabiduría sobre el rebozo*

*A don Evaristo, tejedor ejemplar,
por compartirme sus secretos*

*A las familias Jardón, Acevedo y Borboa,
por el gesto de abrirme sus talleres*

*A todos los reboceros y empuntadoras de la
región, por mantener y alentar esa tradición*





Don Evaristo era el mago de los rebozos. Sus creaciones eran presumidas por las damas de todas las ciudades importantes. La lista de espera para recibir un rebozo era de cuatro años, y le sobraban los clientes, quienes pagaban por adelantado.

Una noche, tras ensayar unos diseños complicados, se acostó a dormir. Cuando apagó la vela se escucharon las doce campanadas del Calvario, anunciando la aparición de todos los espíritus. En eso, en su portón, se escucharon tres intensos aldabonazos.

Evaristo pensó en algún latoso y se envolvió en sus cobijas; pero, tras una leve pausa, los toquidos se repitieron, llenando la casona con su eco. Él se extrañó; no esperaba visitas, y menos a esa hora. Retumbó una nueva tanda de llamados. Definitivamente, alguien deseaba verlo. Evaristo se incorporó molesto; encendió la vela; se alistó para regañar al impertinente, y bajó las escaleras. Las pesadas llaves giraron con un rechinado y abrió la puerta. La sorpresa lo invadió. La visita era una mujer alta, con el pelo esponjado y suelto: muy elegante.





Evaristo, acostumbrado a las telas, percibió que el vestido de la dama estaba confeccionado con el mejor tejido. El rebozo que portaba también era muy fino, aunque se notaba desgastado.

—¡Buenos noches, Evaristo! —dijo la mujer, tuteándolo.

Evaristo, absolutamente subyugado por esa presencia señorial, dijo:

—Buenas noches, señora. Perdóneme la tardanza, no esperaba a nadie.

—No te apures, Evaristo. No es tu culpa. Tu fama de tejedor me ha llegado, y necesito de tu ayuda. Mira...

La dama le alcanzó la punta de su rebozo a Evaristo. Éste la tomó, con delicadeza, comprobando que era una tela formidable; aunque el tejido era grueso y apretado resultaba suave y cálido. Parecía muy antiguo y estaba deshilachándose. La dama, adelantándose, prosiguió:

—Sí, es un rebozo muy antiguo, casi milenario. Me ha ofrecido mucho lucimiento; pero ha llegado la hora de cambiarlo, así que he venido para encargarte uno muy especial. ¡Te pido que eches mano de todas tus habilidades para que me confecciones el mejor rebozo de tu vida!

Cuando Evaristo escuchó el pedido, de inmediato resonó en su mente una caja registradora; a todas luces, la dama era una gran señora. El rebozo que deseaba debería ser excelso, y eso resultaba caro. La dama, como si leyese el pensamiento, sacó una bolsita de gamuza y se la ofreció al tejedor. Cuando éste la recibió, por el peso y por el tintineo de las monedas, supo que era una dádiva excepcional. Dijo:

—Llevará tiempo, señora, tengo algunos compromisos; pero haré el mejor trabajo de mi vida.

La mujer repuso:

—No hay cuidado, Evaristo. Estoy al tanto de tus compromisos; pero sé que pondrás tu mejor empeño.



Evaristo sonrió complacido. Pensó en detalles comerciales: un recibo, el plazo de entrega, el nombre de la bella y generosa clienta. Deseando contemplarla mejor, alzó el candelero para iluminarla; pero, al ver sus enormes ojos, negros e insondables, sintió una fría mordida en el vientre: ¡era la Muerte!

—Adivinaste, Evaristo, adivinaste —dijo la señora de blanco, sonriente—. Pero no te apures, tenemos un compromiso. Buenas noches.

La dama se alejó, taconeando en el empedrado. Todos los perros del rumbo comenzaron a aullar. Evaristo, como de vidrio, se asomó a la calle; pero la dama ya no estaba.

Apenas el ánimo le alcanzó para cerrar el portón. Subió las escaleras, encorvado, y se tiró en su cama, desvencijado. La Muerte lo había sentenciado. No logró dormir ni esa noche ni muchas otras. A nadie compartió ese encuentro sobrenatural; era su compromiso y su secreto.





Durante varias semanas, Evaristo estuvo inmobilizado. Asumió que su vida dependía del compromiso establecido con la Gran Señora. El tiempo que gozaría en este mundo dependía directamente del tiempo que invirtiera en terminar el rebozo. Apenas había cumplido cuarenta años. ¡Una injusticia!

Perdió peso notablemente y ya no tuvo interés en las comidas ni en los aperitivos. Su mujer y sus hijos lo miraban consumirse. Ernesto, el doctor del pueblo, le recomendó varias medicinas, que, por supuesto, no mejoraron su condición. Si hubiera continuado así, seguramente habría muerto, dejando nuestra historia trunca; pero Dominga, la vieja cocinera de la familia, intuyó el origen de sus pesares y le hizo una limpia con ramas, azotándolo con epazote y pirú, como cuando era niño.

Hasta entonces, Evaristo compartió su secreto. Dominga, entrenada en la sabiduría de los indios, se carcajeó de la simpleza de Evaristo:

—¡Qué tonto eres, niño! Puedes tardarte mil años en tejer tu rebocito. ¡Ya quisiera yo un regalo así!

Para Evaristo fue una revelación, quien, abrumado por el miedo, no había imaginado ninguna alternativa. Siguiendo el consejo de Dominga se preparó para vivir.



Todos tenemos pendientes: postergamos el arreglo de esa gotera; decidimos que esas deudas pueden esperar; algún día responderemos esa carta o arreglaremos las losas de la entrada.

En sus profundas reflexiones, Evaristo encontró que la Muerte le había ofrecido un gran regalo: el tiempo para encontrar el verdadero sentido de la vida y el dinero para alcanzarlo. Él sabía que debía cumplir con todos sus pendientes, así que armó un equipo con los artesanos más hábiles para tejer los rebozos que tenía encargados, edificó las casas para sus hijos, estableció los linderos de sus propiedades, hizo su testamento y pagó su entierro por adelantado, con todos los servicios.





Comenzó a diseñar el rebozo de la Dama Blanca. Evaristo pensó tejerlo en el telar de otate, herencia de la sabiduría maya; pero ella deseaba un rebozo largo y ancho. Supo que debía elaborarlo con seda cruda, de la mejor calidad. Fue hasta el puerto de Acapulco a ordenar varios mazos de seda china, que en esa época se embarcaba en Filipinas. Ordenar y recibir el encargo tomó un par de años. Cuando llegaron los paquetes de seda fue al puerto por ellos. Primero comenzó el trabajo de devanarlos. Se trataba de armar, con esos hilos delgadísimos, el cordel para tejer el rebozo. Era una tarea muy paciente y delicada, que le llevó otro año.



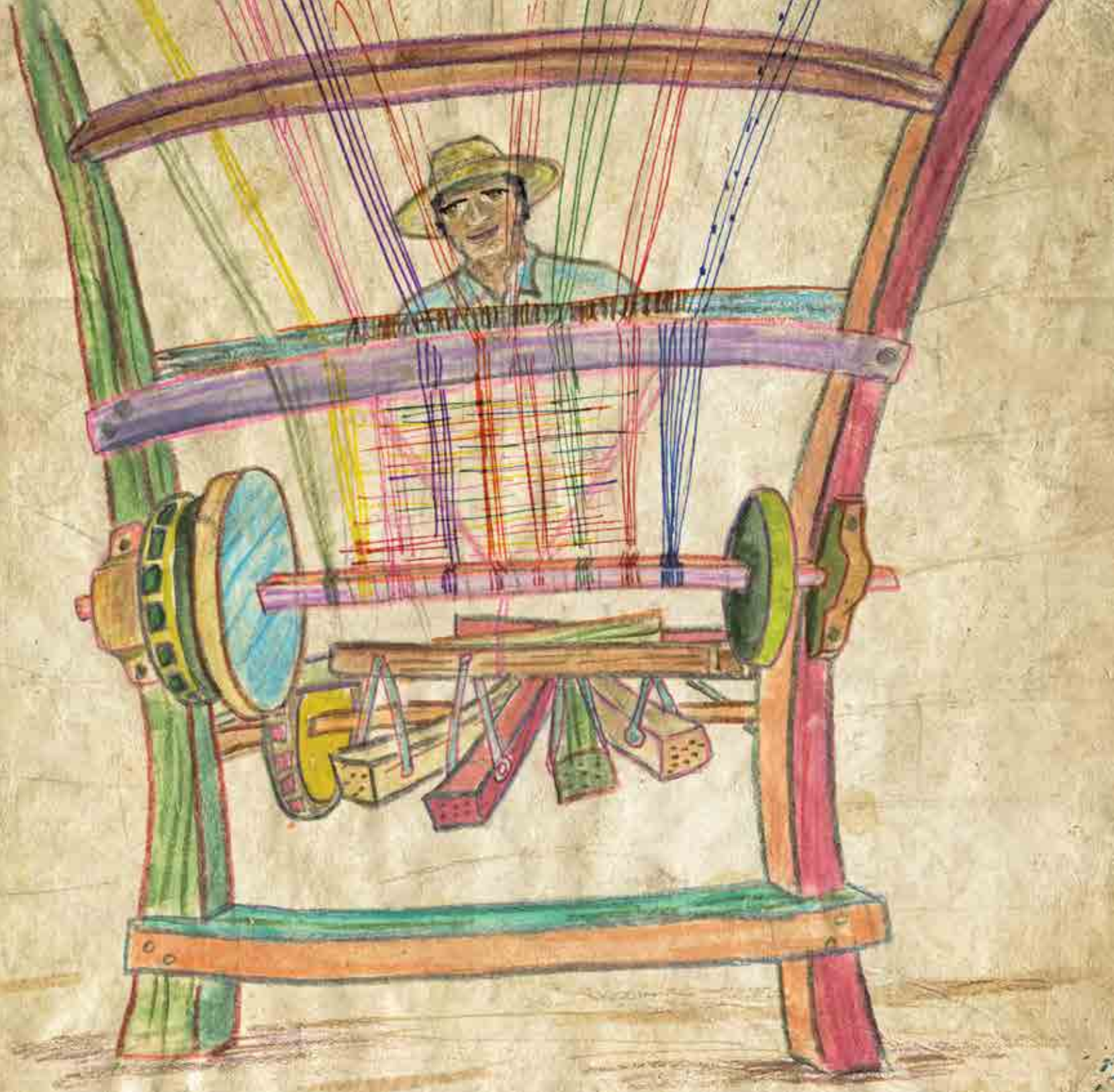


Fue hasta las montañas veracruzanas por la madera de roble más especial y ordenó construir un telar; un mueble para durar mil años, con el tamaño adecuado para el lienzo que estaba proyectando. Entre el traslado de la madera, el proceso de secado, la construcción y las pruebas pasaron otros dos años.

Todas las fechas se cumplen. Evaristo supo que no podía prolongar eternamente el tejido de la prenda, era la más delicada de su vida; pero también, lo tenía claro, la última. Además, sabía que no podía tardar mil años. La Muerte, con su gran sabiduría, descubriría la trampa y vendría por él, y arrasaría con todos sus logros conseguidos.

Por otro lado, su orgullo de ser el mejor de los artesanos lo empujaba para crear el más bello rebozo imaginado; uno que pasaría a la historia del tejido, como aquellas creaciones de los grandes novelistas o de los compositores. Tenía el talento para ello y todo el tiempo necesario.





Comenzó la tarea —sin gran prisa, debemos decir—. Las lanzaderas zumbaban como chicharras, y el tlangala, tlangala de los pedales tintineaba como marimba con tanta madera preciosa de su ensamble.

El taller siempre tenía visitas. Otros artesanos, artistas locales y simples curiosos se congregaban para ver los avances de la obra y participar de las anécdotas de Evaristo, antes tan celoso de su espacio. Celebraban el tejido, grueso y dúctil, y el tamaño generoso del lienzo, que avanzaba con lentitud, pero con belleza inigualable, refractando los rayos solares en tornasoles. Evaristo avanzaba como los astros de Goethe: “sin prisa, pero sin descanso”.





Una mañana de primavera, el lienzo estuvo listo y fue desprendido del telar. Los asistentes quedaron boquiabiertos. Era, verdaderamente, la tela para el vestido de un arcángel. A pesar de su espesor daba la impresión de ser transparente; por alguna razón recóndita, parecía tomar las tonalidades del sitio donde se colocaba, como los camaleones del Santo Desierto. Mientras el banquete de celebración se efectuaba, Evaristo envolvió la prenda cuidadosamente y la guardó en su bolsa de monte. Después bajó al festejo, para celebrar con alegría la creación de su último rebozo. Habían pasado diez años ya.





Al otro día, temprano, montó en su caballo y se fue directo a Tepoxtepec, donde lo aguardaban las tejedoras de punta. Eran las ancianas más hábiles en el arte de confeccionar, nudo por nudo, las hebras entretejidas que, con su peso, resaltan el cuerpo y la caída del rebozo.

Las tres mujeres se quedaron pasmadas ante la belleza y las propiedades del tejido, por sus tradiciones indígenas detectaron que había algo sobrenatural. Pero Evaristo, hombre avisado, evadió su curiosidad con un pago magnánimo y con instrucciones precisas. Deseaba el mejor punteo. Les pidió que intercalaran entre los intrincados diseños perlas de Oriente, zafiros de Brasil, minúsculos aros de cerámica africana y anillitos de oro etíope. Deseaba un trabajo a conciencia, lento, sin apuro.

Las ancianas entendieron el mensaje: con toda calma, pero con toda la concentración de sus saberes. Se dedicaron a elaborar las puntas, tarea que demoró tres años, pero que concluyó con el más bello rebozo tejido por manos humanas. (Una lástima que en esa época la fotografía no tuviera la difusión actual.)



Esa tarde, cuando Evaristo recibió la prenda, quedó admirado y plenamente satisfecho. Sus familiares y los curiosos concordaron en el mérito del rebozo: no era de este mundo. Dominga, desde un rincón, sonreía; ella era la única persona que conocía a la destinataria, y sabía que era una prenda lograda.

Después de haber arreglado hasta el último de sus pendientes, Evaristo supo que había llegado el momento. Habían pasado trece años desde el encuentro.

¿Cuál será la mejor edad para morir? Nadie lo sabe. Hay un dicho que afirma que la Muerte siempre llega temprano. Pero, para Evaristo estaba en el justo momento: no debía nada y nadie le debía; había hecho buenas cuentas con el mundo, así que podía retirarse de la vida con toda tranquilidad. Esa noche cenó pozole de conejo y quesadillas de hongos de Monte de Pozo, con epazote y chile manzano.

Durante mucho tiempo pensó en cuál sería el mejor lugar para despedirse de la vida. En su evaluación destacó su sitio favorito: la Junta de los Ríos, por los barrancos de Tecualoyan, donde varios caudales se conjuntaban en una serie de pocitas y de cascadas. En ese lugar cazó su primer venado, celebró su primer romance y disfrutó de incontables campamentos con canciones y truchas, al calor de las fogatas de encino. Deseó con fervor que ése fuera el sitio.



Por la mañana escuchó en su portón unos llamados apresurados, leves y correlones. El corazón le dio un vuelco. Bajó con el paquete. Para su sorpresa, era un niño despeinado, con huaraches gastados. Evaristo lo increpó:

—¿Qué se te ofrece, niño, que vienes a dar lata tan temprano?

El chamaco lo miró sin incomodarse y le dijo:

—Que dice la señora que lo espera en la Junta de los Ríos, pa'l encargo.

Enseguida se echó a correr, dejando al desprevenido tejedor agarrado del portón. Al reponerse, agradeció el gesto de la Muerte. ¡Había escuchado su petición! Se vistió su traje de lino blanco, se puso su sombrero nuevo, envolvió el rebozo cuidadosamente en una hoja de papel china morado y se alistó. En su morralito acomodó un montoncito de tortillas de mano y escribió una nota para sus familiares: “Andaré por la Junta de los Ríos. Les dejo mis bendiciones”. Era una nota sin tonalidades, para que supieran dónde encontrarlo, por si acaso.

Bajó por las veredas del Salto. Cuando uno va a la Muerte se lleva la vida lo más despacio posible. Evaristo tenía todavía una valiosísima jornada: se bañó en la cascada, nadó en las pozas, se afeitó en las corrientes, comió sus quesadillas con papalitos frescos y con berros del apancle y se asoleó en los pedregales. Se dio tiempo para abrillantar sus borceguíes y, a media tarde, emprendió la ruta final. Gozó de cada torrente, de cada soto y de cada fronda llena de cantares y de chicharras.



Ya el cielo se entintaba de violetas cuando trepó a la última lomita. Detrás, el rumor de las corrientes, entrechocando, se acrecentaba. En la piedra bola, un basalto descomunal, estaba la Dama Blanca, sentada, entretenida en soplar copos de los dientes de león, que se alejaban flotando entre la brisa, con aires lentos de danzarina. Evaristo, con el corazón templado, la contempló un momento; en verdad era muy guapa. La saludó:

—Buenas tardes, señora.

—Buena tarde, Evaristo. Vienes muy elegante —dijo la Dama.

—Gracias, señora —respondió, asumiendo el halago; iba a cumplir cincuenta y dos años, tiempo de los tatas en las creencias antiguas.

—¿Estás satisfecho? —preguntó la Gran Señora.

—Es el mejor rebozo de mi vida —replicó Evaristo, desplegando la prenda.

La Dama Blanca sonrió complacida, evaluándolo. Con ambas manos tomó su rebozo gastado y lo envolvió, acariciadora. Lo restregó, lo hizo bolita y sopló sobre él, abriendo las manos. El rebozo se convirtió en una miríada de copos, que se alejaron flotando hacia los paredones enmuscados. Ella recibió el rebozo que le extendía Evaristo y se lo puso con un amplio giro, como la capa de un torero. La prenda pareció acomodarse entre sus hombros con toda naturalidad. ¡Era perfecta!

—¡Excelente! —dijo la Dama—. Verdaderamente tu fama se queda corta ante tu trabajo. ¡Es excelente! Gracias.



Para la infinita sorpresa de Evaristo, la Muerte, como una niña traviesa que por algún prodigio se convierte en libélula, se alejó saltando de piedra en piedra y se perdió de vista entre la brisa y los murallones. Él se quedó estupefacto, sin saber qué hacer; mientras, las ventoleras húmedas jugueteaban con el papel china, llevándolo sobre los remansos, hasta que se humedeció y naufragó.

Evaristo miraba recelosamente al cielo, de donde se desprendería un rayo fatal; observaba las corrientes burbujeantes de donde saldría la Sierpe que se tragaba enteros a los jinetes, con todo y montura, así como a las paredes enmontadas, de donde saldría el cucuy a devorarlo. Nada sucedió.

Comenzó a oscurecer. Creyó que le daría un ataque al corazón o una embolia, como al tío Juan, quien sintió que le había caído una canica ardiente al cerebro y murió antes de que llegara el cura; pero tampoco sucedió. Ni llegaron los pumas a comérselo ni las bandas de coyotes a despedazarlo.

Cayó la noche cerrada y el tiempo pasaba y pasaba, y no pasaba nada. Se acostó en la piedra bola a esperar la señal. La brisa húmeda lo empapó y comenzó a estremecerse. *Eso es: voy a morir de frío, acalambrado, como indigente, pensó.*



Evaristo escuchó unos ladridos. Supuso que eran las fieras que llegaban a la cita; pero no: eran sus perros que lo cubrían de lengüetazos. Arriba, entre los árboles, fulguraban rayos luminosos. Escuchó varios gritos; eran sus hijos y sus amigos, quienes portaban teas y carabinas, por si acaso. Habían encontrado el recado de Evaristo sobre la mesa y, al ver que demoraba, salieron a buscarlo.

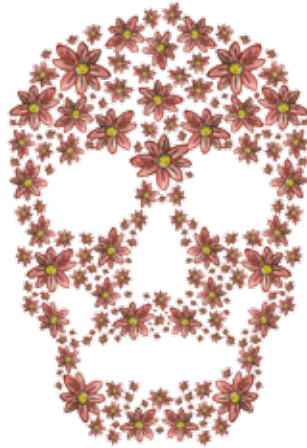
Supo entonces que ése era otro regalo de la Dama Blanca. Así que abrazó a sus seres con todo el ánimo de un recién nacido.





Honorio Robledo es un prestidigitador del arte: pinta, ilustra, escribe, compone y toca. Estudió literatura en la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha publicado 15 libros infantiles, por los cuales ha obtenido algunos premios internacionales. Afirma que sus creaciones vienen directamente de la riqueza de la tradición oral de varias regiones donde, viajero incansable, ha vivido.





El rebozo y la Dama, de Honorio Robledo, se terminó de imprimir en diciembre de 2018, en los talleres gráficos de Universal GP, S. A. de C. V., ubicados en Ayuntamiento núm. 27, colonia Del Carmen, delegación Coyoacán, C. P. 04100, Ciudad de México. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Sassoon Infant, de Rosemary Sassoon, de la fundidora Monotype Corp. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Rocío Solís Cuevas. Formación, portada y supervisión en imprenta: Ricardo García Trejo. Cuidado de la edición: Cristina Baca Zapata y el autor.
Editor responsable: Félix Suárez.





